

LOS APOTEGMAS Y EL EVANGELIO²²⁸

El retorno a las Fuentes encomiado por el Concilio Vaticano para el *aggiornamento* de las formas de la vida religiosa, mueve instintivamente al monje a escrutar cada vez más los Apotegmas y toda la literatura del Desierto para volver a encontrar en ellos el Evangelio, citado, comentado y, sobre todo, vivido.

Ahora bien, después de haber recorrido el volumen de una de las colecciones de “Los dichos de los Padres”²²⁹, se tiene la impresión de una pista falsa. En todo caso, la palabra evangélica, contrariamente a lo que ocurre en san Basilio, es allí muy escasa. Muy pocos de nuestros Padres legitiman su vida partiendo del Evangelio o evocándolo en los avisos que dan a sus discípulos y a sus visitantes.

Sin embargo, del principio al fin de la lectura, uno se pregunta por qué esos monjes viven así si el Evangelio no es la fuente de donde brotan sus propósitos. Ciertamente ellos hubieran respondido con san Pablo que tienen un solo deseo: “alcanzar a Cristo o más bien ser alcanzados por Él”.

Nos es preciso descubrir que el Evangelio es de tal manera la ley de sus vidas, que se identifican casi, sin decirlo, con él y sólo lo nombran para casos de aplicaciones concretas e individuales.

Uno de ellos –pero que no los representa a todos– nos dice por casualidad (25): “En todas las acciones, ten la aprobación de las Escrituras”. Y también, al Abad Juan, moribundo (27 10) ¿qué le piden los hermanos? “Una palabra breve y útil que les permita elevarse hasta la perfección en Cristo”.

Es preciso citar la siguiente comparación, tan evocadora de la espiritualidad del desierto (108 35): Un anciano dice: “el monje debe notar...”, esto es sin duda lo que los atrae a todos. Si algunas maneras de vivir parecen no tener sino una relación muy artificial con el evangelio o hasta contradecirlo, ellos saben muy bien discernir lo esencial de lo accidental.

Saben que la *caridad es primordial* porque es el mandamiento único del Salvador. El Abad Pastor lo dice muy sencillamente (247 10): “No hay nada más grande que el amor que consiste en dar la vida por el prójimo”.

A veces esto es menos explícito: «Hilarión (48 15) nunca comía carne. El obispo va a verlo y le ofrece pollo. El ermitaño se excusa: “yo nunca he comido carne”. El obispo le replica: “yo nunca me he dormido por la noche enemistado con alguien”. El monje reconoció humildemente: “Tu práctica es mejor que la mía».

Hyperichio decía en ese mismo sentido (57 50): “Vale más comer carne y beber vino que por la calumnia comer la carne de los hermanos”.

¿Por qué se separan del mundo? No por falta de amor (cf. Arsenio 246 5), sino porque tienen la experiencia de que para ellos el verdadero encuentro de amor con los demás descansa en el encuentro íntimo con Dios. Es la inserción de su amor a los demás en el amor a Dios lo que explica delicadezas como ésta (296 16): “Un anciano acababa de trenzar unas canastas y de

²²⁸ Tradujo: Hna. Josefina Acevedo Sojo, osb. Abadía de Santa Escolástica.

²²⁹ Citas tomadas de *Les Sentences des Pères du Désert*, Ed. Dom L. REGNAULT. Solesmes (France), 1966.

ponerles las asas, cuando su vecino dijo: ‘El día de mercado está próximo y yo no tengo asas para mis canastas’. El anciano, desarmando las suyas, se las llevó diciendo: ‘Toma, tengo estas demás’. Y dejó sus propias canastas sin terminar”. Enteramente evangélico. Aunque no se diga que lo es. Sólo existen pocos casos en que se afirme explícitamente, la referencia al Evangelio. Por ejemplo en (88 5): «Un hermano no tenía sino un Evangelio (esto nos ilumina ya en cuanto a las fuentes). Lo vendió para alimentar a los pobres, diciendo: “He vendido la misma Palabra que me ordena vender todo lo que tengo y dárselo a los pobres”», o también a propósito de un monje débil (67 4), el abad Apolo dijo a otro anciano demasiado duro: “No quiebres la caña hendida, no apagues la mecha humeante” (Mt 12,20).

En estrecha relación con esta primacía de la caridad se pueden señalar dos elementos: uno negativo, “no juzguéis a nadie” (123 2). “Un hermano había pecado y el sacerdote le ordenó que saliera de la iglesia. El abad Besarión se levantó y salió con él diciendo: ‘Yo también soy pecador’. Lejos de juzgar, los Padres se identifican con el pecador, no titubeaban, a veces, en tomar sobre ellos la penitencia que le correspondía a aquél. Y así también un hermano que había pecado en el pueblo, dijo al que lo acompañaba: “Yo no vuelvo al desierto”. El otro le contestó: “Yo también he pecado, ven, haremos penitencia juntos”. Lo hicieron, sin que nunca el pecador supiera que su hermano había hecho penitencia por él.

Positivamente la caridad se expresa en la hospitalidad. Casiano preguntaba a un anciano (190 2): “¿Por qué no observas el ayuno cuando recibes a los hermanos?”. El anciano respondió: “El ayuno está siempre a mi alcance, mientras que vosotros estáis aquí por poco tiempo. El ayuno depende de nuestro libre arbitrio, la caridad, de la voluntad de Dios” (192 10). Como siempre el amor vale más que todas las prácticas” (191 7): “Perdóname, decía un visitante al despedirse, yo te he impedido seguir la Regla”. “Mi regla, respondió el anacoreta, es ofrecerte hospitalidad y dejarte partir en paz”. ¿Qué otra regla puede ser ésta sino la del Evangelio?

Después de la caridad, ¿cuál virtud es más evangélica que la *pobreza*? Evidentemente, en el Evangelio no se encuentra nada que reclame o insinúe el despojamiento total que aparece, a veces, entre los Padres, como un fin en sí. ¿El Evangelio no es acaso en este punto, tan exigente como para que algunos puedan llevarlo hasta el extremo de un san Francisco de Asís? Las prácticas no son ciertamente evangélicas, pero traducen con mayor o menor exactitud cómo entiende cada uno su deber de seguir a Cristo. ¿Cómo no admirar y envidiar a aquel hermano que, al volver a su celda, se encuentra con un ladrón que se la está desvalijando, y su única reacción es decirle: “Te has olvidado de tal objeto”. Discretamente la inspiración evangélica está evocada en el texto siguiente (91 14): El abad Hyperichio decía: “El tesoro del monje es la pobreza voluntaria”. “Que tu tesoro esté en el cielo”. A causa de ese tesoro muchos ancianos rehusaron regalos y dinero, abandonaron los lugares... Los medios son variados, el fin es único: el reino prometido en el Evangelio”.

El extremismo de los Padres manifiesta también su orientación en el capítulo de la castidad. Podríamos tratarla de abusiva al ver ese miedo por la mujer, por el adolescente. Algunos autores no han dejado de hallar en esto una tendencia patológica. Pero, el abandonarlo todo, como lo pide Jesús, puede expresarse por la huida de todo aquello que pudiera hacernos volver atrás. Una dama de Roma fue a ver al abad Arsenio: “Ruegue por mí”, dice la señora. Y él responde: “Yo ruego a Dios para que borre vuestro recuerdo de mi corazón” (cf. 34 13). La experiencia, confirmada por los libros Sapienciales muestra que una mirada superflua puede ser fatal. ¿Acaso Jesús no aconsejó la limpidez del ojo interior? ¿Y no dice que más vale entrar con un solo ojo en el Reino?

Pero cuando el corazón ha dominado las pasiones no arde sino en amor de Cristo: algunos Padres hasta no temieron ir a convertir a las prostitutas en el mismo sitio de su esclavitud y hacer de ellas sus discípulas.

La misma prudencia y caridad anima a los padres con respecto al *alimento*.

El amor de Dios los impele a no satisfacer su vientre (134 7). Cuanto más robusto es el cuerpo tanto más agotada está el alma. Cuanto más se cuida el cuerpo tanto más frágil es el alma. A nuestro juicio hay como una especie de campeonato en lo que respecta al ayuno que sobrepasa las indicaciones del Evangelio (65 1) que recuerda a *Lc* 21,34 y *Ef* 5,18, ¿pero acaso no se ha dicho “cuando el Esposo le será arrebatado los discípulos podrán ayunar”... y también... “este linaje de demonios no sale si no es con oración y ayunos”? Estos textos no son citados sino en escasas ocasiones, pero todos apuntan visiblemente en la práctica de los ancianos.

Y también en esto el precepto evangélico de la caridad conserva su lugar primordial (192 10). Un anciano recibió con alegría a dos hermanos que llegaban de visita. El ayuno, dijo él, tiene su recompensa, pero el que come por caridad observa dos mandamientos a la vez (52 26). Y el abad Pafnucio (248 12) convirtió a un bandolero aceptando la copa de vino que éste, por broma, quería hacerle beber.

Otros elementos de la vida de los Padres podrían relacionarse con las exigencias evangélicas: humildad, discreción, trabajo, compunción, obediencia, silencio y aquella lucha que define al monje partiendo de *Mt* 11,12 (112 43, fin). Pero también allí encontraríamos la misma apariencia de exceso sin relación evidente con el Evangelio y conteniendo sin embargo una silenciosa motivación evangélica.

Para terminar, bástenos encarar *la oración* y la relación que parece tener con la enseñanza evangélica.

Ante todo, esta oración quiere ser incesante. Y esta asiduidad no es competición de números de salmos recitados en intervalos regulares del día (148 6), sino un estado de alma, una situación frente a Dios como dice el abad Ammonas (134 16): “Guarda siempre en tu corazón la palabra del publicano del Evangelio y podrás ser salvo”. La oración se revela de esta manera íntimamente ligada a la compunción. Brota de ella y a la vez la suscita.

Casiano pondrá en boca de sus interlocutores discursos enteros sobre la oración. No es el caso de los Apotegmas, pero sus avisos ocasionales insisten sobre la permanencia requerida por el Evangelio, aunque sin hacer alusión a él. Se trata del culto en espíritu y en verdad del que Jesús habla a la Samaritana y que no está ligado a ningún lugar o tiempo. En general los Padres oran mientras trabajan (185 9). “Me siento y mojo las hojas de palmeras, luego hago cuerdas diciendo: ‘Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia, ya sea mentalmente o en alta voz’. Y el monje (41 17) transforma la noche en día por su oración”, acordándose sin duda de la oración nocturna de Jesús y de su reproche a los Apóstoles: “No habéis podido velar una hora conmigo”. De hecho, la tentación de abandonarla es frecuente. Por eso el abad Agathon advertía a los hermanos (182 2) que le preguntaban: “Padre, en nuestra vida ¿cuál es la virtud que exige más trabajo?”. “A mi parecer, les respondió, es la oración. Los demonios se apresuran siempre a interrumpirla. En todos los otros trabajos se llega a obtener algún descanso. La oración exigirá un combate penoso y hasta el último aliento”.

Y una de las condiciones de la oración es que sea hecha en secreto. Jesús dijo repetidas veces que no consistía en una obra ostentatoria para la plaza pública, sino en un desbordamiento íntimo: “cierra tu puerta y ora en lo secreto”. La historia (116 4) de los visitantes del abad José lo ilustra maravillosamente. “Se marcharon desedificados porque durante tres días no habían oído a los discípulos de José, ni salmodiar ni rezar. Es porque su obra se realizaba en lo secreto”.

Una madre del desierto decía en este sentido (121 19): “Un tesoro es robado tan pronto como se lo descubre. La virtud está arruinada tan pronto como es de notoriedad pública”.

Este apotegma podría darnos la clave de una vida aparentemente tan poco conforme al

Evangelio, sobre todo tal como se lo comprende en nuestros días.

Los Padres quieren encontrar el camino estrecho predicado por Jesús, ¿pero, cuál es? Un anciano respondió a esta pregunta (156 81): «Consiste en hacerse violencia y en refrenar sus voluntades por amor a Dios, como está escrito de los Apóstoles: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”».

Su propósito es formalmente evangélico sin que ellos sientan la necesidad de proclamarlo. Y para vivirlo, creen que, siguiendo el consejo del Evangelio serán fieles a la oración permaneciendo en su celda, con la puerta cerrada.

Quizás podríamos arriesgar, un motivo complementario que explica esa especie de pudor que manifiestan los padres del desierto para citar el Evangelio. ¿Piensan tal vez que sería una falta de respeto hacia la Palabra sagrada, el citarla a cada paso, cuando ellos se dan cuenta de que le son tan imperfectamente fieles?

Se dice por ejemplo, que Arsenio (210 10) nunca consintió en tratar cosa alguna de la Escritura, aunque era muy capaz para hacerlo. Más exactamente, el abad Pastor respondía a aquel que le preguntaba si debía conversar con alguien. “Si no puedes callar, vale más que hables con otro, sobre las palabras de los ancianos que sobre la Escritura, porque en eso se corre gran riesgo”.

Para esos monjes lo que cuenta es la vida: vivir según el Evangelio. Y si alguno les preguntaba cómo vivir, ellos no disertaban sobre el Evangelio, sino que decían: “haz como tú ves que yo hago”.

Si ven una manera de vivir que les revela mejor el Evangelio –aunque sea la de un laico– no dudan en considerarla superior. Fue al ver la vida de una mujer del pueblo como Macario, lleno de admiración exclamó: “En cuanto a mí, no he empezado todavía a ser monje”. Otra vez, él mismo (298 17) al oír contar el género de vida de dos mujeres de la ciudad, dijo: “En verdad ser virgen o casado, monje o laico, no cuenta. Dios da el Espíritu Santo a todos, en la medida de su buena voluntad”.

*Fraternidad de la Virgen de los Pobres
Talca (Chile)*